

FRANCIS SCOTT FITZGERALD

*El hundimiento*





## EL HUNDIMIENTO

*los* **INTE  
MPEST  
IVOS**

FRANCIS SCOTT FITZGERALD

# El hundimiento

TRADUCCIÓN DE MAX LACRUZ  
E ISABEL LACRUZ

POSTFACIO DE ISABEL LACRUZ



Primera edición: mayo de 2013

Título original: *The Crack-Up* (1936) / *Sleeping and Waking* (1934)

© de la traducción: Max Lacruz, 2013  
© de la traducción y del postfacio: Isabel Lacruz, 2013  
© de esta edición: Editorial Funambulista, 2013  
c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)  
www.funambulista.net



Esta obra ha sido publicada con una subvención del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual

BIC: FC  
ISBN: 978-84-940906-8-4  
Depósito legal: M-14618-2013

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: Francis Scott Fitzgerald en los años 20

Producción gráfica: MFC Artes Gráficas

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

El hundimiento



# EL HUNDIMIENTO



## EL HUNDIMIENTO

### I

FEBRERO DE 1936

Está claro que vivir consiste en hundirse poco a poco. Los golpes que uno va encajando de manera más espectacular, los golpes más inesperados y duros que vienen —o parece que vienen— de fuera, esos que no se olvidan, esos a los que se les achaca todo y a los que nos referimos cuando hablamos con los amigos en los momentos de debilidad, esos golpes son los que, al principio, no dejan huella. Pero hay otro tipo

de golpes, que vienen de dentro y que acusamos siempre demasiado tarde para poder hacer algo al respecto. Entonces se adueña irremisiblemente de nosotros la revelación de que nunca más seremos quienes éramos.

Antes de proseguir con este relato, permítaseme un comentario de carácter general: se reconoce una inteligencia de primer orden en su capacidad de hacer coexistir en la mente dos ideas contrarias y, a pesar de ello, seguir funcionando. Se debería poder constatar, por ejemplo, que la situación es desesperada sin por ello renunciar a querer modificarla. Esta filosofía me vino bien al principio de mi vida adulta, cuando veía cómo acaecía lo improbable, lo inverosímil, y hasta, a menudo, «lo imposible». Si valíamos algo, podíamos dominar la vida. La vida se plegaba con facilidad a la inteligencia y al esfuerzo, o a una combinación de ambas cosas, en proporciones variables según nuestra capacidad. Ser

un literato de éxito tenía su lado romántico: claro que nunca se alcanzaba la fama de una estrella del cine, pero lo obtenido duraba mucho más; no es que se tuviera el poder de un hombre de fuertes convicciones políticas o religiosas, pero indudablemente se ganaba en términos de independencia. Es obvio que la práctica de nuestro oficio nos deja eternamente insatisfechos, pero personalmente yo no habría elegido nunca otro distinto.

Conforme iban pasando los años 20 —y a la par, mis primeros veinte años, que le llevaban un poco de ventaja al siglo—, las dos cosas que quise hacer en mi adolescencia —ser lo bastante fornido (o lo bastante bueno) para poder jugar al fútbol americano y haber cruzado el océano durante la Guerra— se redujeron a ensoñaciones pueriles de heroísmo imaginado, que sólo me servían para ayudar a conciliar el sueño ciertas noches agitadas. Los grandes problemas de la

vida parecían resolverse, y si bien la tarea resultaba ardua, era lo bastante fatigosa como para impedir que yo le diera vueltas y vueltas en la cabeza a asuntos más generales.

Hace diez años, la vida era básicamente una cuestión personal. Tenía que conciliar el sentido de la vanidad del esfuerzo con la necesidad de la lucha. La convicción de que el fracaso era ineludible con la determinación de «triunfar»; más aun, debía asumir la contradicción entre el lastre de mi pasado y las nobles intenciones con vista al futuro. Si lo lograba, a pesar de los males habituales, conyugales, profesionales y personales, entonces el ego seguiría su senda como una flecha lanzada desde una nada hacia otra nada, pero con una inercia tal, que sólo la ley de la gravedad haría que la saeta cayera al suelo.

Durante diecisiete años —incluido un año, entremedias, dedicado voluntariamente a holgazanear y a descansar—, las cosas se desarrollaron

así, y cada nueva tarea pesada se convertía en una perspectiva halagüeña para el día siguiente. La vida era fatigosa, sin duda, pero yo me decía: «Hasta los cuarenta y nueve años las cosas te irán bien. Puedes contar con ello. Un hombre que ha vivido como tú no puede aspirar a mucho más».

Y luego, diez años antes de los cuarenta y nueve, me percaté de que me había hundido por completo y de un modo prematuro.